

COMPROMISO CON LA CREACIÓN

Guillermo Lledó

Facultad de Educación. Universidad Complutense de Madrid

Muchos educadores dedicados a la enseñanza del arte piensan que el profesorado no debe influir de ninguna forma en el trabajo del alumnado. Lo importante, según ellos, es que estos puedan expresarse de manera natural, de acuerdo con su personalidad, sin que las obras reflejen los gustos o preferencias artísticas de los profesores. En un principio, la idea parece buena, pero cabe preguntarse si esto es posible realmente, y, en cualquier caso, si el no intervenir para evitar influir es tan conveniente como a primera vista pudiera parecer.

En la educación básica estamos acostumbrados a ver muchos profesores que hacen a los niños y niñas copiar fielmente imágenes de una pobreza extraordinaria y en la enseñanza superior, en la especializada, clases en las que todo el mundo dibuja, pinta o esculpe con formas o planteamientos parecidos. Ciertamente, estos planteamientos o las actitudes que generan esos comportamientos miméticos son rechazables. En realidad, estos casos sólo reflejan la falta de preparación del profesorado que, por desconocimiento de lo que significa el arte y la creación, únicamente pueden ofrecer modelos expresivos y formas de actuación carentes de valor o interés alguno. Así pues, este tipo de experiencias sirven muy poco para dilucidar acerca de lo que puedan aportar otros planteamientos distintos a los basados en la absoluta neutralidad del profesor.

La verdad es que la neutralidad es algo muy difícil, por no decir imposible. El alumno, que desconoce las posibilidades y recursos que los medios artísticos ofrecen, necesita, y pide, recibir estímulos y propuestas interesantes que, necesariamente, implican alguna forma de orientación relacionada con la manera de pensar y crear formas. No hacerlo, en todo caso, significa ejercer otra forma de influencia basada exclusivamente en los tópicos expresivos más comunes, que en nada favorecen lo que se presenta como deseable para el desarrollo de la individualidad. Además, hay que ver lo difícil que resulta a un educador no implicarse en el trabajo creativo de sus alumnos, si realmente los aprecia y está interesado en su desarrollo. Ciertas formas de intervención, planteando a los alumnos problemas creativos que estén en condiciones de afrontar y opciones expresivas que despierten interés y sean productivas, parecen mucho más adecuadas que dejar hacer sin criterio alguno.

El compromiso con el aprendizaje es lo que, desde mi punto de vista, tiene más valor en una acción educativa y eso es algo que difícilmente puede darse sin una cierta implicación emocional con la actividad que realizan los protagonistas de la misma. De ahí también, que para la educación en este ámbito de lo artístico sea tan importante el conocimiento de lo que constituye su realidad más genuina, la naturaleza de los procesos creativos y los valores que el arte aporta. Inevitablemente, el educador, que sabe lo que pasa en el aula, que conoce las dudas y dificultades que los alumnos pueden tener afrontando el reto que el mismo les ha planteado, se implicará de manera decidida para obtener los mejores resultados posibles. Implicación que, además de la contenida en la propuesta, con las decisiones que comporta, se manifestará en las múltiples intervenciones puntuales que tendrá que hacer respondiendo a las demandas personales de sus alumnos.

Con las actividades artísticas, eso es algo que podemos observar con bastante facilidad, ya que el trabajo suele estar a la vista: recorriendo los pasillos de una escuela o entrando las aulas

enseguida podemos apreciar donde hay una actividad creativa interesante y motivadora, Es decir, donde hay un profesor preparado que con su implicación en la actividad artística de sus alumnos ha hecho posible que estos tengan una experiencia más rica en muchos aspectos y se expresen mejor.

Para enseñar arte, creo yo, hay que identificarse con lo que hacen los alumnos e implicarse en ello como si fuera algo propio. Lo cual no quiere decir que haya que imponer nada, sólo acercarse lo más posible al proceso de cada uno, intentando entender lo que ocurre en cada situación y, dependiendo de esta, buscar la mejor manera de incentivar o asesorar al alumno para que, por sí mismo, consiga lo que se ha propuesto, o llegue más lejos de lo que en un principio podía concebir.

En realidad, cuando apreciamos en una escuela esos resultados que nos sorprenden por su vigor expresivo y su atractivo estético es porque el profesor y los alumnos han compartido la emocionante experiencia de crear, con todo lo que ello comporta. En estos casos, la actividad artística desarrollada en el aula es, por decirlo de alguna forma, producto de una creación colectiva, en la que el profesor asume unos cometidos y los alumnos otros. El primero proyecta y dirige actividades que considera interesantes y con posibilidades y los segundos las realizan libremente, buscando las soluciones más adecuadas en cada caso de acuerdo con su personalidad e intereses.

Con un compromiso de esta naturaleza, el profesor esta practicando una forma de arte. Con ideas e iniciativas que ha elaborado cuidadosamente, planteando retos, implicado en los procesos, el profesor se realiza como creador. Así puede reconocerse en lo que hacen sus alumnos y su satisfacción será mucho mayor que si hubiera actuado con formulas preestablecidas o distanciado emocionalmente de las obras realizadas por ellos. Obviamente, un planteamiento como este resultará beneficioso para todos. Profesores y alumnos habrán compartido la experiencia de crear alimentándose mutuamente y podrán reconocerse con propiedad y una satisfacción parecida en los resultados obtenidos.

Satisfacción que, cuando se da, podemos detectar con facilidad en un centro educativo. No en vano, los profesores creativos y con ideas que utilizan el arte en sus clases son los que más exponen el producto de esa actividad en las aulas o en los espacios comunes de sus escuelas. Y ciertamente que eso es importante. Como parte de la comunicación, las realizaciones artísticas cumplen su mejor papel en contacto con los demás. Y desde el punto de vista educativo, su efectividad como recurso es inmejorable. Aunque la comunicación no se produce sólo en ese periodo final en que las obras son mostradas intencionadamente, esta tiene lugar de una manera bien diferente, con una intensidad y eficacia mayores. Exponer los trabajos realizados en el aula amplía y prolonga la experiencia, permite revivirla, observarla críticamente, reconocer su valor y compartirla con los demás.

Por eso, cuando vi por primera vez una exposición de los trabajos que los profesores agrupados en Enterarte habían desarrollado en sus aulas con actividades artísticas quede encantado. Los trabajos expuestos, por su contenido, la diversidad de sus manifestaciones y su extraordinaria calidad, me permitían tener una experiencia estética bien interesante y apreciar el valor de las actitudes y formas de proceder que he defendido como las mejores y más acertadas. Cada profesor tenía uno o varios montajes, cuidadosamente elaborados, que recogían los trabajos realizados por los alumnos dentro de un proyecto o sobre un determinado tema. Y estos, que habían sido elaborados con muchas unidades diferentes, constituían, con sus relaciones y su forma final, objetos perfectamente acabados dotados de valor y sentido propios. Cada montaje, pues, era una obra en si misma, capaz de mostrar las ideas de los profesores y su interés por unas determinadas formas de arte junto a la riqueza y la variedad de los trabajos realizados individualmente por los alumnos.

No obstante, lo que hay que valorar por encima de todo en estos montajes son los mismos procesos por los cuales las obras han llegado a ser lo que son. Además del trabajo previo de ideación, que el grupo de Enterarte realiza conjuntamente para mejor aprovechar la experiencia acumulada, el trabajo que se muestra responde al importante cúmulo de experiencias, de todo orden, que el proyecto del que la obra da cuenta pudo generar. Como ocurre en muchas obras de arte contemporáneas, lo que vemos como un objeto acabado para el espectador es sólo testimonio, huella, eco o memoria de un proceso cargado de la imponderable trama de pensamientos, acciones e incluso circunstancias que lo hicieron posible. Lo que aquí ocurre para permitirnos seguir el rastro de unas gestaciones muy rigurosas e imaginativas, responsabilidad del profesorado de enterarte, junto a las que muestran la característica intensidad y brillantez expresiva de las realizaciones artísticas infantiles. Y todo ello sin hacernos olvidar el componente lúdico que parece estar presente en casi todos los proyectos que hemos podido ver, muy de acuerdo con lo que parece más adecuado en una enseñanza como la de la educación artística con niños y jóvenes.

Decididamente, además de hacernos disfrutar, las exposiciones de Enterarte cumplen una función insustituible. Por un lado, nos demuestra el importante potencial educativo que, en todos los aspectos, tiene la educación artística y, por otro, como el decidido compromiso con su enseñanza, con todo lo contiene y hace posible, da a los que la practican esas insustituibles satisfacciones que, estamos convencidos, sólo se pueden tener creando. Esperemos que Enterarte siga enseñando y deleitándonos con su trabajo y sus realizaciones como lo ha hecho hasta ahora.

Texto publicado en el Catálogo de la exposición *Sujetobjetos*, 2004.